



DIARIO DE VIAJE POR LA TRANSAMAZÓNICA

Texto: **Gino Bianchi** Fotografía: **Giorgio Palmera/Echophotojournalism**

REPORTAJE

El piloto Marcelo Muniz Noroha, en la cabina de su avioneta. Está especializado en el transporte a las zonas ilegales de extracción de oro situadas en el corazón de la selva amazónica.

Ser buscador de oro no es una profesión, es un estilo de vida.

Trabajar duro conlleva la promesa de una libertad sin límites. En la imagen, una mina de oro en Porto.

La selva Amazónica, los pulmones del mundo, es la mayor reserva de especies vegetales y animales, y también el refugio de los últimos pueblos indígenas vírgenes. Es tierra de nadie a conquistar por cualquier medio. Para colonizarla se necesitaba un camino de acceso, así como en el salvaje Oeste el tren transportaba colonos y mercancías. Para eso se diseñó la carretera Transamazónica: la dictadura militar brasileña la planeó como un megaproyecto que se creía sería visible desde la Luna y funcionaría como un canal que propiciaría la conquista de la selva, la última frontera y la última zona del planeta que continuaba inaccesible.

Pero la Transamazónica fue uno de los mayores fracasos del poder militar brasileño. Como todos los sueños de grandeza de la dictadura, la obra quedó inconclusa: 4.223 kilómetros de carreteras que penetran en el corazón del bosque, que se arrastran allí donde el hombre nunca antes había llegado, dejando un sueño incumplido. Este proyecto iniciado en 1964 sigue siendo en gran parte un camino de tierra y no se ha completado hasta la meta prevista. Hoy en día, la Transamazónica es una cicatriz en el corazón de la selva, un camino hecho de polvo y piedras. En sus zonas más remotas, los árboles crecen tan espesos que el camino es invisible incluso desde un avión.

Esta vía fue presentada con el lema "Una tierra sin hombres, para hombres sin tierra", toda una invitación a los desposeídos del norte de Brasil, la región más pobre del país. Pero se ha convertido en el lugar donde campan aventureros de todo tipo en busca de la gloria, el olvido, una oportunidad o la soledad en el corazón de la selva, lo más lejos posible del mundo civilizado, allá donde la ley y las reglas son un peligro, una luz lejana.

Transamargura, el camino de la amargura, así la llaman los colonos y aventureros que viven en sus orillas, que viven en ciudades de expediente. Un camino solitario en el que se entrelazan historias y destinos, formando un rompecabezas a moda de novela por entregas de la vida. La mayoría de la actividad económica está de alguna manera ligada al bosque, como la venta de madera, la caza, la explotación ilegal de la reserva mineral o la quema de grandes extensiones de tierra para el cultivo de la soja y la caña de azúcar, con la finalidad de ser explotados como biocombustibles.

Como en un diario de viaje, estas fotografías recorren la Transamazónica desde sus inicios, en la costa atlántica, hasta el final en un pueblo aislado situado en el corazón de la selva, allá donde terminan los sueños y esperanzas: un cazador solitario que ha elegido vivir en el bosque, los mineros de las minas de oro ilegales, los madereros y los camioneros solitarios, un sacerdote pentecostal que busca seres humanos a los que evangelizar, novias niñas, prostitutas y vaqueros, indios desposeídos, periodistas soñadores... cada uno viaja en el camino del oeste, en busca de su particular El Dorado.



CARRETERA TRANSAMAZÓNICA

En la tienda de la ciudad minera de Porto Rico se puede pagar con dinero o directamente con oro. Abajo, una mina ilegal situada cerca de Jacareacanga, la ciudad donde se concentran muchas minas ilegales de oro.



Arriba, la discoteca flotante llamada «Flutuante» navega cerca de Jacareacanga. Abajo, el cazador Raimundo Nato da Costa Morreira posa en el kilómetro 610 de Transamazónica. Durante veinte años ha vivido en una pequeña casa situada a la orilla de la carretera.

CARRETERA TRANSAMAZÓNICA



Desenfreno en una fiesta de mineros ilegales en la discoteca flotante «Flutuante». Al lado, de arriba a abajo, jugando al billar en un burdel de la ciudad de Porto Rico; quien se hace llamar «el Billy el niño de la Amazonía» posa en un tramo de la carretera y una mujer sueña con encontrar marido y dejar el pueblo perdido de Sucunduri.

